

Educación para la Biodiversidad¹

Edgar González Gaudiano²

La Convención sobre Diversidad Biológica o Biodiversidad fue aprobada durante la Cumbre sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro, Brasil, en 1992. Entró en vigor el 29 de diciembre de 1993. A la fecha, 187 países la han suscrito, si bien de estos sólo 168 la han ratificado. Aunque muy poca gente realmente está enterada de en qué consiste, la Convención sobre la Biodiversidad es un logro sumamente importante para conservar las condiciones del planeta que permiten la presencia de las variadas formas de vida y sus interacciones, dando forma al ambiente que es también morada y condición de existencia de nosotros los seres humanos.

La biodiversidad actual es resultado de un proceso evolutivo de más de tres mil millones de años, del cual y sin dejar de reconocer los grandes avances científicos aun somos bastante ignorantes. Por ejemplo, actualmente se conocen cerca de 1.75 millones de especies, entre plantas, animales y microorganismos, pero los especialistas estiman que en realidad existen cerca de 13 millones. Es decir, menos del 14% de todas las especies que se supone que existen han sido identificadas y clasificadas.

El concepto de biodiversidad no sólo incluye a las especies, también concierne a la variedad de los ecosistemas, como los desiertos, los bosques, las selvas tropicales, los humedales y las montañas, entre otros, puesto que las características de cada uno de ellos determina la formación de comunidades que interactúan entre sí y con el entorno físico (suelo, agua, aire). La biodiversidad remite de igual modo a las diferencias genéticas dentro de cada especie, por ejemplo, las variedades en las cosechas. Ahora que conocemos un poco más del genoma humano, se sabe que los cromosomas, los genes y los bloques de la hélice de DNA determinan la unicidad de cada individuo y de cada especie.

Pero esta frágil trama de relaciones recíprocas formada durante miles de millones de años está siendo amenazada. Su perturbación se inició hace unos 10,000 años con el surgimiento de la agricultura, pero comenzó a acelerarse hace apenas 300 años con la revolución industrial. En este lapso hemos transformado sustantivamente el paisaje, en busca de mejorar las condiciones de vida de los seres humanos y así ha sido. En estos últimos 300 años, la esperanza de vida promedio de las personas se ha incrementado en más de veinte años y la talla más de 25 centímetros. Es verdad que esto varía de país a país, por las grandes asimetrías que existen en el mundo, no sólo debido a las diferencias étnicas sino sobre todo económicas. Sin embargo, en este proceso de desarrollo no hemos tenido el cuidado suficiente para cuidar el ambiente y conservar la base de nuestros recursos naturales pensando en el largo plazo. Nuestros procesos productivos agrícolas y de extracción como las pesquerías, cuentan día a día con técnicas y equipos más sofisticados para obtener los máximos beneficios económicos en el menor tiempo, aunque eso degrade nuestros suelos y cuerpos de agua y la riqueza de nuestros mares eliminando, por ejemplo, grandes cantidades de especies, que son capturadas junto con aquella que se desea, porque no tienen valor comercial. Ello ha

¹ Publicado en revista 'Agua y Desarrollo Sustentable', México, Gobierno del Estado de México. Junio, 2003. Vol. 1, Núm. 4. <http://www.aguaydesarrollosustentable.com/>

² Presidente regional para Mesoamérica de la Comisión de Educación y Comunicación de la Unión Mundial para la Naturaleza (UICN)

provocado una crisis en algunas de las principales pesquerías que seguramente se irá agudizando si no se adoptan medidas urgentes y firmes.

De 1950 a 2000, en sólo cincuenta años la población mundial se duplicó. Ahora somos más de 6 mil millones y estimaciones moderadas estiman que en 50 años más, a pesar de los programas internacionales de educación en población que existen, el mundo llegará a 9 mil millones de habitantes. No obstante, la demanda de recursos está creciendo aun más rápidamente haciendo que en esos mismos 50 años la economía global se haya quintuplicado. Con lo que se presenta una triste y grave paradoja: la población crece mucho más en los países pobres, pero el crecimiento económico se concentra sólo en unos pocos países desarrollados. Así, al tener más población y poco crecimiento, los países pobres se van haciendo cada vez más pobres, teniendo que extraer más y más recursos naturales y deteriorando su medio ambiente, ya que esos procesos productivos suelen llevarse a cabo con tecnología poco eficiente en términos energéticos y económicos y emitiendo una gran cantidad de materiales contaminantes.

La biodiversidad nos proporciona enormes servicios a los seres humanos y al planeta. No sólo obtenemos de ahí nuestros alimentos, sino medicamentos, fibras, materiales, oxígeno, etc. Muchos beneficios ni siquiera los conocemos o no han sido suficientemente valorados. Con la pérdida de la biodiversidad perdemos posibilidades de futuro, reducimos nuestro destino como especie, empobrecemos nuestro potencial de bienestar. Para salvarnos como especie necesitamos estar todos en el mismo arca.

En este panorama es que se inscribe la Convención para la Biodiversidad. Y no es que ésta vaya a resolver todos los problemas, pero nos está permitiendo concentrar esfuerzos y adoptar medidas internacionales que tiendan al menos a mitigar los procesos de deterioro. Junto con otros como el marco jurídico, el desarrollo científico y tecnológico y los instrumentos económicos, todos muy importantes, se encuentra el tema de la educación.

En la última Conferencia de las Partes de la Convención sobre Diversidad Biológica, celebrada en La Haya del 7 al 19 de abril de 2002, se formalizó la puesta en marcha de una Iniciativa Global en Comunicación, Educación y Concientización Pública (CECP), mediante un programa de trabajo que enfatiza el uso de la CECP como claves para tener éxito en la instrumentación de la Convención. Varios organismos de Naciones Unidas y no gubernamentales se propusieron como socios para llevar al cabo este programa. Se reconoce que el concepto de biodiversidad contiene desafíos de comunicación y educativos muy singulares, derivados de su amplitud, complejidad y naturaleza mal definida pero que, en última instancia, la conservación de la biodiversidad dependerá de una delicada interacción de procesos ecológicos, culturales, económicos y de la intervención humana, por lo que se recomienda que el reto se incorpore en el trabajo de todos los sectores en vez de manejarse como una agenda separada.

Si bien siempre se admiten en los discursos como prioritarios, un problema que se presenta en este sentido es que no se ha acabado de comprender el verdadero papel que desempeñan la comunicación y la educación. Por ejemplo, numerosos especialistas de la conservación, continúan viendo a estos procesos simplemente como instrumentos para traducir la información científica a un código comprensible para los diferentes sectores, y sobre todo para aquellos que son clave, por su ubicación en las decisiones

políticas y económicas. Desde luego que eso es algo que hay que hacer, pero no lo es todo. Algunos estudios de corte longitudinal que se han realizado en varios países, demuestran que los cambios de valores, actitudes y pautas de comportamiento no están en relación directa con el suministro de información, aunque esta sea científicamente relevante e incluso oportuna y estrechamente ligada a situaciones sociales particulares.

La comunicación y la educación generan motivación y movilizan la acción individual y colectiva, desde una muy extendida sensibilización hasta la intervención especializada en la formulación de políticas públicas identificando prioridades y áreas estratégicas. La CECP promueve la organización de redes explicando las ventajas y beneficios de participar, fortaleciendo relaciones, compartiendo experiencias y conocimientos, propiciando el diálogo y los intercambios de ideas para dirimir colectivamente cuáles son los mejores caminos para proceder, para involucrarnos, para comprometernos.

Mientras continuemos viendo a la comunicación y la educación como elementos coreográficos de las políticas, sin creer verdaderamente en el potencial de contribución que verdaderamente tienen en la movilización de la gente y en la consecución de mejores competencias sociales para la acción, muchos buenos propósitos como los de la Convención de la Biodiversidad no rebasarán su concreción en el papel y, a lo más, quedarán reservados para la intervención de unos cuantos.

Lectura recomendada: Solís Rivera, Viviente, Ivannia Ayales y Patricia Madrigal (1998) Convenio sobre la Diversidad Biológica. Un texto para todos. San José, Costa Rica: ORMA/UICN. 60p.